

CONCURSO DE LITERATURA COMARCA BAJO/BAIX CINCA

POR UNAS HORAS

AUTOR: RONDADOR

POR UNAS HORAS

Ramón ha vivido toda su vida en Fraga, un pueblo de la provincia de Huesca, donde los campos de higueras y de almendros tejen el paisaje. Es un hombre sencillo, un agricultor de manos endurecidas y rostro curtido por el sol. Una vida simple llena de trabajo y esfuerzo. A sus 50 años ha aprendido desde joven a amar la tierra y a respetar su dureza. No conoce más que el trabajo honesto bajo el sol, y, aunque son tiempos difíciles, nunca le ha faltado lo esencial. Su rutina diaria es metódica: al amanecer, toma su boina, ajusta sus abarcas y se sube al carro tirado por un macho hasta el campo, donde trabaja de sol a sol.

Corría el año 1933 y Ramón intentaba vivir al margen de las tensiones que la política provocaba en todos los pueblos de España, dividiendo incluso familias. Su única prioridad era que a su mujer y a sus tres hijos no les faltara sustento.

Un martes de noviembre, mientras el pueblo despertaba, Ramón subía con su carro el puerto de Fraga dirección a los llanos de Cardiel, para realizar sus labores cotidianas, cuando vio un coche volcado con las ruedas aún girando que acababa de sufrir un accidente. Dejó el carro y, sin pensarlo dos veces, fue a socorrer a las personas que, tiradas junto al vehículo, pedían ayuda a gritos. Tres chicas desorientadas luchaban por ponerse de pie sin éxito, y a su lado un hombre uniformado y una mujer mayor, ambos inconscientes, yacían en el suelo. El equipaje quedó esparcido por la carretera: tres baúles llenos de ropa, varios pares de zapatos ya desemparejados y un maletín de cuero negro manchado de aceite de motor que Ramón apartó y dejó debajo de unos matorrales.

Con la ayuda de una de las jóvenes que parecía estar en mejor estado, subió a los demás accidentados al carro y los llevó al hospital de Fraga, tan rápido como el precario medio de transporte permitía.

Los heridos fueron atendidos en el hospital, y Ramón regresó a su casa sin pensar más en el accidente.

Al día siguiente, la mujer mayor recuperó el conocimiento y aún desubicada por las horas que había pasado inconsciente empezó a gritar: -¡El maletín, el maletín!

Dos días después del accidente, la Guardia Civil se presentó en la pequeña finca de Ramón. Llegaron de mañana, con el sol apenas despuntando sobre la huerta fragatina. El sargento al mando, un hombre de mirada severa, se acercó a Ramón, que estaba dando de comer a las gallinas.

- ¿Eres Ramón Cardell?, - preguntó el sargento con voz autoritaria.

- Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?, -respondió Ramón, dejando de lado el cubo y limpiándose las manos en la parte trasera del pantalón.

- Necesitamos hacerte unas preguntas sobre el accidente que presenciaste hace dos días, - continuó el sargento, mientras los otros guardias se mantenían a poca distancia observando con seriedad.

Ramón asintió, pensando que le preguntarían sobre las posibles causas del accidente.

- ¿Viste un maletín en el coche?, -preguntó el sargento, acercándose un poco más, con los ojos clavados en los de Ramón.

-Sí, después de socorrer a las mujeres y al señor uniformado vi un maletín junto al coche y recuerdo perfectamente donde lo dejé, escondido debajo de unos matorrales de “*timó*” para evitar que nadie se lo llevara, pero con todo el ajetreo se me había olvidado por completo. Igual tendría que haberlo puesto también en el carro, pero la verdad, en ese momento lo más importante eran las personas...

Ramón y los agentes volvieron al lugar del siniestro para intentar localizar el maletín.

El agricultor recordaba perfectamente dónde había escondido el maletín, pero debajo del matorral no encontraron nada. El tiempo iba pasando y la inquietud comenzaba a

apoderarse del bueno de Ramón.

Después de una hora buscando entre los matorrales, el sargento, hombre de poca paciencia, dio por finalizada la búsqueda y ordenó a los dos guardias el traslado de Ramón a las dependencias de la Guardia Civil de Fraga. Al oír esas palabras, Ramón sintió como si le hubieran golpeado en el estómago. Siempre cauto y alejado de los problemas, nunca había imaginado poder terminar en semejante situación.

Los fríos muros del cuartel de Fraga parecían absorber cada sonido. Solo el tic-tac del reloj en la pared resonaba en la pequeña sala de interrogatorios. El sargento Fernández, un hombre robusto y de rostro pétreo, dirigía el interrogatorio mientras el cabo García tomaba notas en una libreta.

Ramón, con mirada cansada y manos temblorosas, se encontraba sentado en una silla de madera frente a la mesa de metal, con las muñecas aún doloridas por las esposas que le acababan de quitar.

- Cuanto antes digas la verdad, antes acabará todo; es inútil alargar una mentira.

Dinos dónde tienes el maletín y todo quedará en un malentendido - dijo el Sargento.

- ¿Yo?, - exclamó, incrédulo. - ¡No, yo no tengo el maletín! Lo dejé allí. Solo pensaba en ayudar a esa pobre gente. ¡Lo juro!

Pero las palabras de Ramón cayeron en oídos sordos. Día tras día lo presionaban, buscando una confesión que Ramón no podía dar. Estaba desesperado, pero mantenía su inocencia con firmeza.

- Vamos a empezar de nuevo, Ramón. - Dijo el sargento, inclinándose hacia delante con los brazos cruzados sobre la mesa. - Los testigos dicen que fuiste el primero en llegar al lugar del accidente. ¿Es cierto?

Ramón asintió con un movimiento lento, sin levantar la mirada.

- Sí, señor. Iba con el carro a "*allà dins*" cuando me encontré el accidente en una

curva del puerto y corrí para ayudar, como cualquiera hubiera hecho...

- ¿Y qué encontraste al llegar?, - insistió el sargento, perforando con su mirada la conciencia de Ramón.

El sargento le observaba con detenimiento, esperando cualquier signo de nerviosismo, de mentira. Pero Ramón mantenía la cabeza baja, la expresión de alguien que ya había dicho todo lo que sabía.

- ¿Y el maletín?, - preguntó Fernández con una voz más dura, casi cortante. - El maletín que estaba en el asiento trasero desapareció. Los forasteros dijeron que contenía algo muy valioso. ¿Qué hiciste con él?

Al alzar la vista, Ramón mostró unas ojeras profundas y una mirada desesperada

- Lo escondí debajo de unos matorrales para que nadie lo cogiera. - Respondió de nuevo, esta vez ya con voz quebrada.

El sargento dio un golpe en la mesa con la palma de la mano haciendo eco en la sala.

- ¡No me vengas con mentiras, Ramón! Sabemos que lo cogiste. Eres el único que estuvo ahí antes de que llegáramos. Si confiesas ahora, las cosas podrían ser más fáciles para ti.

Ramón sintió que el peso de la situación le aplastaba el pecho. Sabía que cada palabra era crucial, pero no tenía ninguna más que ofrecer.

El sargento lo miró en silencio durante unos segundos que parecieron eternos antes de levantarse de la mesa. Se acercó a la puerta y la abrió con un gesto brusco.

- Llévenselo de vuelta a la celda. Ya veremos cuánto aguanta esta historia,- ordenó a los guardias en el pasillo. Mientras Ramón era escoltado fuera de la sala, solo podía pensar en las interminables horas de encierro que le esperaban y lo que se debía estar rumoreando por el Cegonyer sobre él.

De vuelta de la celda, uno de los guardias comentó en voz alta:

- Pues muy importante deben ser estos forasteros con tanta llamada al cuartel.

La verdad seguía en sus labios, pero el peso de la sospecha y la presión de la autoridad empezaban a asfixiarlo. Sabía que no había robado nada, pero en ese pequeño cuarto oscuro, la verdad parecía cada vez menos importante.

Las noches en la celda eran interminables. Ramón, un hombre acostumbrado a la libertad del campo, sentía que las paredes del calabozo se cerraban sobre él. No podía dormir, no podía comer. Cada vez que cerraba los ojos, veía el maletín, la mirada del sargento, y las caras de su familia cuando vinieron a buscarle.

A medida que pasaban los días, la presión psicológica aumentaba. Los guardias insinuaban que, si no confesaba, su familia también podría verse involucrada.

Ramón, que nunca había hecho daño a nadie, empezó a creer que su situación no tenía salida. Tanto si aparecía el maletín como si no, su nombre y el de su familia quedarían marcados para siempre. Su reputación, construida a lo largo de años de trabajo honrado, estaba hecha pedazos.

PARTE 2: SILVERIO

Silverio emprendía el camino a los sembrados de “*allà dins*” donde pasaría la semana entera. Avanzaba al ritmo de su mula, lento pero sin pausa. De repente en una curva del camino, descubrió un coche tirado boca arriba. Alguien había tenido un accidente.

Después de comprobar que no había nadie dentro del coche prosiguió su camino, pero un reflejo le hizo desviar la vista a unos matorrales cercanos al coche accidentado. Se acercó y vio un maletín manchado de aceite y polvo con una

inscripción en un idioma extranjero.

Silverio, hombre honesto como pocos, cogió el maletín para evitar que cayera en manos inapropiadas. Durante unos instantes pensó en llevarlo en ese momento al ayuntamiento o al cuartel de Fraga, pero como ya había salido muy tarde de casa porque había tenido problemas con el bocín de la rueda, colocó el maletín en la parte posterior del carro, debajo de unas alforjas y prosiguió su camino con la idea de llevar el maletín a las autoridades cuando volviera a Fraga.

Una semana más tarde, Silveriet, como le llamaban sus padres, regresó al pueblo para ir a misa como todos los domingos. El ambiente en la plaza, normalmente tranquilo, ese día estaba cargado de tensión y enrarecido. La gente murmuraba en pequeños grupos. Se acercó a Mangüel, un agricultor vecino. Saludó levantando la cabeza y dándole una palmada en la espalda.

- *¿T'has enterat, Silverio?*, - preguntó Mangüel, bajando la voz.

- *¿Entera'm de qué?*

- *Lo so Ramon. Diuen que va robar un maletí que va desaparèixer después d'un accident de cotxe al port de Fraga. Lo tenen a la caserna de la Guàrdia Civil.*

Silverio sintió cómo el sudor frío se deslizaba por su nuca. Se quedó en silencio, asimilando lo que acababa de oír. Ramón, otro agricultor como él, hombre sencillo y trabajador, había sido acusado injustamente.

-*No pot ser.* Murmuró Silverio. – *Com...com ho saben?*

- *Va ser l'únic que estae al puesto del accident antes que arribés la guàrdia civil.*

Ramon ha dit que é innocent però no'l creuen. Lo tenen al calabós fa cinc dies.

Contestó Mangüel.

Silverio se tambaleó un poco, sintiendo el peso del maletín que guardaba en su carro como una losa sobre su conciencia. Sabía que él era el único que podía aclarar lo

sucedido, pero ¿cómo podía presentarse ahora ante la Guardia Civil y decir que había guardado el maletín durante días sin decir nada? Las dudas lo abrumaron. Si hablaba, temía que lo acusaran a él de haber intentado quedárselo. ¿Qué pensarían en el pueblo? Lo tratarían como a un ladrón, a pesar de sus buenas intenciones.

Esa misma noche, las dudas de Silverio se convirtieron en una pesada carga. No podía conciliar el sueño pensando en Ramón, encerrado por un robo que no había cometido.

A primera hora, en una mañana típica de *Cegallosa* fragatina, Silverio, maletín en mano, tomaba la calle San José hacia el cuartel de la Guardia Civil. No podía soportar más la idea de que el bueno de Ramón fuera acusado de ladrón injustamente. A paso lento, no podía parar de pensar en las consecuencias que le acarrearía haber demorado tanto la decisión de aclarar la desaparición del maletín. Cuando le faltaban solo unos quince metros para llegar a la puerta del cuartel, un grito desgarrador resonó por toda la calle. Venía del interior. A los pocos segundos una mujer salió a la calle y se puso a llorar de rodillas delante del cuarte. La reconoció de inmediato. Era Josefina, la mujer de Ramón. Desde que lo encerraron, cada mañana, tras los primeros destellos del día, acudía a llevarle comida y a recoger el cesto, ya vacío, que le había dejado el día anterior. Pero esa mañana no fue como las anteriores....

Después de casi una semana en la celda, Ramón había sentido que su mundo se desmoronaba. La culpa que sentía al no poder probar su inocencia, el miedo a lo que pudiera pasarle a su familia y la desesperación de ser acusado injustamente lo abrumaron.

Esa noche, en un acto de desesperación, Ramón tomó su propio cinturón y se colgó de una viga en su celda.

El suicidio de Ramón recorrió Fraga como un viento helado. El pueblo entero quedó sumido en una mezcla de horror y pena. Todos sabían que Ramón había sido un hombre bueno, incapaz de hacer lo que se le acusaba.

Aun a día de hoy se desconoce el contenido del misterioso maletín...

**Relato basado en historia real fragatina.*